

Si vuestras mercedes están leyendo esta misiva, es porque he fenecido, eso es lo que dejé escrito.

Paso a escribir mi azarosa vida como mejor pueda. Nací como Pedro de Alba el día siete de septiembre del año de Nuestro Señor de 1481, en la villa de Trujillo, y fui bautizado en la Iglesia de Nuestra Señora de la Merced.

Mi padre, Antonio de Alba, fue capitán a las órdenes de Rodrigo Ponce de León. Estuvo en la conquista de Málaga y Lucena y entro junto a su señor en Granada acompañando a los Reyes Católicos para la entrega de las llaves de la ciudad por las mismas manos del sultán Boabdil. A mi madre no la conocí, ni nadie me quiso contar nada de ella, nunca supe lo que era querer a una madre. Me criaron y educaron mis dos tías, hermanas de mi padre, Juana y Beatriz. Las quise a las dos como si hubieron sido mis progenitoras. Mi padre venia poco a vernos, cuando sus obligaciones militares le daban tregua. Cada vez que retornaba, nos traía un bolsón lleno de maravedíes y otro más pequeño con ducados de oro, mis tías los guardaban con temor y recelo.

Ellas me enseñaron a leer y escribir y contrataron maestros, con los cuales aprendí latín, teología, derecho canónico y civil, y las obras de Galeno. Estuve a punto de ir a la Universidad de Salamanca, pero paso algo que me lo impidió.

Una mañana sonó la aldaba con fuerza, ante nosotros se presentó un caballero que dijo llamarse Diego García de Cáceres, de mediana edad, bastante alto y con barba corta y bien cuidada. A sus oídos llegó que en Trujillo había un joven muy estudioso y a los maestros dejaba asombrados de lo bien y rápido que aprendía.

La corona lo enviaba a Nueva España como corregidor y quería que me fuera con él. Mis tías no salían de su asombro, y yo maravillado. Mi tía Juana le respondió que mi padre tendría que otorgar el permiso, que cuando regresara le responderíamos, Don Diego se marchó esperando que le avisáramos cuando mi padre volviera.

Al regresar mi padre, la idea le gustó, dijo que me haría un hombre y consintió para irme con don Diego no sin antes tener una larga plática con él. Ni mi padre ni mis tías ni yo mismo sabíamos que nunca volveríamos a vernos.

Partimos desde Sevilla el día 17 de septiembre de año 1500, en una carraca llamada Virgen de La Consolación, yo ya había cumplido 19 años.

Llegamos a Veracruz el 20 de noviembre, desde allí nos dirigimos a Ciudad de Méjico pasando por Puebla. Al llevar escolta militar no tuvimos ningún temor a ser atacados.

Al día siguiente de nuestra llegada nos presentamos ante el Virrey, también visitamos al alcalde y al Regidor, saludamos al Capitán General y al Gobernador, y por último fuimos al Cabildo, en todos estos sitios no agasajaron.

No tardó don Diego en ponerse a trabajar, aunque delegaba en mí casi todo, él solo firmaba, solo intervenía en grandes asuntos, que eran pocos, la mayoría eran nimiedades.

De vez en cuando, don Diego me daba permiso para ir con Fray Bartolomé de las Casas. Marchábamos por las aldeas y pueblos interesándonos por los problemas de los indígenas, estos lo veneraban. Hablaba con ellos en Náhuatl, Maya, Zapoteco y también Mixteco, yo también aprendí estos idiomas. Fray Bartolomé informo a Los Reyes de España del trato dado a los indios y se hicieron leyes para protegerlos.

Don Gonzalo de Villalobos y Mendoza era muy amigo de don Diego, este noble español aspiraba a gloria y fortuna, lo mismo que cualquiera de los miles que vinimos, gloria y fortuna.

Había formado un pequeño ejército para ir al Darién y quería que fuera como veedor, al ir al cincuenta por ciento con don Diego, no me quedó otra opción que ir.

El viaje fue calamitoso, hubo siete ejecuciones por rebeldía y traición, los españoles y los indios morían a diario por enfermedades y ataques de los lugareños, en uno de estos Don Gonzalo fue herido de muerte. El capitán Mateo de La Cruz ordeno que regresáramos.

Don Diego ya no me dejo ir nunca más, me casé con su hija, tuve una gran prole y fui muy, muy feliz.